

# Salvar el asombro

Jorge Bustos dibuja en su primer libro de viajes un personal mapa literario al que acompaña un prólogo de Andrés Trapiello

[kioskoymas#r.lozano@udlilibras.com](mailto:kioskoymas#r.lozano@udlilibras.com)

JUAN CLAUDIO DE RAMÓN

Viajar es ver por vez primera. O por decirlo de otro modo: combatir la gradual desaparición del mundo que trae el quedarse en casa, grado cero de la atención, reposo necesario para la mente, pero fatal para los sentidos. Por eso el viaje se vive como liberación, porque dejamos por un momento de rumiar las preocupaciones cotidianas para desembargar la mirada y darnos a la pulsión escópica. En llano: al placer de mirar. Como Petrarca, que quiso subir al Monte Ventoso «llevado por el solo deseo de ver», rescatando así para el humanismo el goce proporcionado por los sentidos. Por eso dice bien Jorge Bustos (1982) que «nunca viajamos para evadarnos de la realidad sino más bien para recobrarla». O, repite al final de la travesía, como expediente para «salvar el asombro» de la celda del prejuicio ideológico y la uniformización global del gusto.



**Asombro y desencanto**  
**Jorge Bustos**  
L. Asteroides, 2021  
224 páginas  
18,95 euros  
★★★★

**LA TAREA QUE SE PROPONE** por tanto el joven autor madrileño en este su primer libro de viajes es delicadísima y fascinante: volver a ver. Y hacerlo sin caer en los trucos más convencionales del género, el primero de los cuales es la tentación de exagerar el exotismo de los indígenas que salen al paso del viajero. «¿No se ven acaso entre las parisinas las mismas uñas con gel que en Fuenlabrada»? De ahí que el asombro se compense cada tanto con cierta dosis de desencanto, que es el acertado binomio del título. Pero sin caer tampoco en el vicio contrario, que es el esnobismo de darlo todo por visto y negarse a adivinar los contornos de una idiosincrasia propia o la grandeza única de un monumento que el mundo cree saberse de pe a pa (pero quizá por eso lo haya dejado de mirar). Así ocurre con la visita al Mont Saint Michel, punto culminante, para mi gusto, si no del viaje, sí de la narración. Consigue eso que parecía imposible: que el lector vuelva a saber del encanto de esa –por famosa– desencantada abadía acuática, como si se la contasen por primera vez. O, en la primera parte del libro, que transcurre por La Mancha, sentir la emoción de ver levantarse en el horizonte de Castilla esos molinos blancos que un escritor manco atornilló a la imaginación universal.

**PORQUE EL LIBRO SE COMPONE DE DOS VIAJES.** Uno de solitario reportero del llano manchego, otro vacacional y en pareja por la Francia atlántica. Un viaje, así, entre molinos y catedrales, en compañía de Montaigne y Cervantes. Para no decir lo obvio –que Bustos y la lengua española están en trato carnal– señalaré el que creo mayor acierto del libro: situarse en esa intersección entre lo familiar y lo extraño en que la reflexión es fecunda. Solo un defecto –en sentido literal– alcanzo a ver en el volumen: la falta de un tercer viaje (¿no hizo tres salidas, Don Quijote?) que complete futuras ediciones. Un viaje que me permita sugerir sea por tierras cuyos contornos ya se insinúan en 'Asombro y desencanto': Italia. ■



Jorge Bustos